

un rígido porte y de un acentuado utilitarismo, la frivolidad, por una parte, y por otra, la imaginación reclamando sus fueros frente á una ley moral demasiada estrecha para ser verdadera, produjeron un arte de las maneras y de las actitudes, cuya acabada expresión fué Brummell, y expresión que no volverá á igualarse nunca. Se verá porqué.

IX

Jorge Bryan Brummell, nacido en Westminster, era hijo de W. Brummell, *esquire*, secretario particular de aquel lord North, dandi también á ciertas horas que se dormía en el banco ministerial, de puro desdén, ante los más virulentos ataques de los oradores de la oposición. North hizo la fortuna de W. Brummell, hombre de orden, capaz y activo. Los libelistas, que clamaban contra la corrupción esperando que los corrompan, llamaron á lord North el dios de los gajes (*the god of emoluments*). Pero la verdad es que, al pagar á Brummell,

ne hacía más que recompensar servicios. Después de la caída del ministerio de su bienhechor, M. Brummel pasó á ser *sheriff* superior del Berkshire. Habitó cerca de Domingtón-Castle, lugar célebre por haber sido residencia de Chaucer, y allí vivió desplegando esa hospitalidad opulenta que sólo los ingleses en el mundo saben sentir y poder practicar. Había conservado grandes relaciones; y entre otras celebridades contemporáneas, recibía mucho á Fox y á Sheridan. Una de las primeras impresiones del futuro dandi fué, pues, sentir en su alma el soplo de esos grandes espíritus llenos de encantos. Fueron como las hadas encargadas de transmitirle sus dones; pero no le transmitieron sino la mitad de los que poseían las más efímeras de sus facultades. Indudablemente, viendo y oyendo á esos espíritus, gloria del pensamiento humano que eran artistas en la conversación como en el discurso político, y cuyas bromas y amenidades valían tanto como su elocuencia, el joven Brummell debió desenvolver las facultades

que más tarde hicieron de él, para usar la palabra empleada por los ingleses, uno de los primeros *conversacionistas* de Inglaterra. Cuando murió su padre, tenía diez y seis años (1794). En 1790 lo habían enviado á Eton, donde ya se distinguió, fuera del círculo de los estudios, por las cualidades que más adelante llegaron á caracterizarle tan eminentemente. El cuidado de su persona y la fría languidez de sus maneras le valieron, por parte de los condiscípulos, un nombre muy en boga á la sazón, á falta del de dandi, que aun no estaba de moda: entonces los déspotas de la elegancia se llamaban *Bucks* ó *Macariones*, y á él le llamaron *Buck Brummell*.

Según el testimonio de sus contemporáneos, nadie ejerció mayor influjo que él sobre sus compañeros de Eton, excepto acaso Jorge Canning; pero el influjo de Canning era consecuencia del fuego de su cabeza y de su corazón, mientras que el de Brummell emanaba de facultades menos hirvientes y embriagadoras. Así justificaba la frase de Maquiavelo: «El mundo

pertenece á los espíritus fríos.» De Eton fué á Oxford, donde alcanzó la clase de éxitos á que estaba destinado. Agradó por las prendas más exteriores del espíritu, toda vez que su superioridad no resaltaba en las investigaciones laboriosas del pensamiento, sino en las investigaciones de la vida. Al salir de Oxford, tres meses después de la muerte de su padre, entró como alférez en el 10.º de húsares mandado por el príncipe de Gales.

Se ha procurado explicar con empeño el afecto vivísimo que inspiró Brummell repentinamente á ese príncipe, y se han contado á éste propósito anécdotas que no merecen los honores de la mención. ¿Qué necesidad tenemos de esas comidillas de comadres, habiendo una explicación perfectamente plausible? Porque, en efecto, siendo quién era, Brummell no podía menos de atraer la atención y las simpatías del hombre que, según es fama, estaba más orgulloso y satisfecho de la distinción de sus maneras que de la elevación de su gerarquía. Sabido es, por otra parte, el brillo de

aquella juventud que trató de eternizar. El príncipe de Gales tenía por entonces treinta y dos años. Dotado de la belleza línfática y fría de la casa de Hannover, pero procurando animarla con el adorno, procurando vivificarla con el rayo de fuego del diamante; escrofuloso de alma como de cuerpo, pero no habiendo perdido la gracia, esa última virtud de los cortesanos, el que fué Jorge IV. reconoció en Brummell una porción de sí mismo, la parte que había conservado sana y luminosa: he ahí el secreto del favor que le mostró. Fué en sustancia como una conquista de mujer. No hay amistades originadas por atractivos físicos, por la gracia exterior, como hay amores que nacen del alma, del encanto inmateral y secreto. Tal fué la amistad del príncipe de Gales por el joven alférez de húsares: un sentimiento que era todavía sensación, el único acaso que podía germinar en el fondo de aquel alma obesa agobiada por el cuerpo.

Así el inconstante favor que fueron deshojando sucesivamente lord Barry-

more, G. Hanger y tantos otros, recayó de lleno en Brummell con toda la impremeditación del capricho y con todo el furor de la manía. Verificóse su presentación en la famosa terraza de Windsor en presencia de la aristocracia más exigente. Allí desplegó todo lo que más debía estimar el príncipe de Gales entre las cosas de este mundo: una gran juventud, realizada por el aplomo que sólo podía esperarse en un hombre conocedor de la vida y capaz de dominarla; una mezcla de impertinencia y de respeto de lo más fino y atrevido; el arte de presentarse y la oportunidad de la réplica ingeniosa. Claro es que en la conquista repentina de tal éxito había algo más que extravagancia por ambas partes.

La palabra *extravagancia* la emplean los moralistas desorientados como los médicos la palabra *nervios*.

A partir de ese instante, Brummell subió á gran altura en la opinión. Con preferencia á los nombres más ilustres de Inglaterra se le vió á él, al hijo de

un simple *esquire* (1), del secretario particular cuyo abuelo había sido comerciante, desempeñar las funciones de *Caballero de honor* del heredero presunto, al verificarse su matrimonio con Carolina Brunswick. Tanta distinción fué parte para que inmediatamente se agrupara en torno suyo, en términos de la familiaridad más lisonjera, la aristocracia de lo salones: lord R. E. Somerset, lord Petersham (2), Carlos Ker, Carlos y Roberto Manners. Hasta aquí no hay nada de asombroso: no era más que un hombre afortunado, que, como dicen los ingleses, había nacido con una cuchara de plata en la boca. Tenía en su abono ese algo incomprensible que llamamos *nuestra estrella*, y que de-

(1) *Esquire* ó escudero es un tratamiento inglés que equivale al *Señor Don* castellano.

(2) Para miopes era un modelo de dandismo, pero, para los que no se pagan de apariencias, distaba tanto de ser un dandi como una mujer bien puesta de una mujer elegante. — (N. del A.)

cide de la vida sin justicia ni razón; pero lo que más sorprende, es que clavara la rueda de la fortuna. Niño mimado de la suerte, llegó á serlo también de la sociedad. Byron habla en cierto sitio de un retrato de Napoleón con el manto imperial y añade: «Parecía haber nacido allí.» Otro tanto puede decirse de Brummell y del célebre frac que inventó. Empezó su reinado sin encogimiento, sin vacilación, con una confianza que revela una conciencia. Todo concurrió á su extraño poder, y nadie se le opuso. Allí donde las relaciones valen más que el mérito, y donde los hombres, para poder siquiera existir deben agarrarse los unos á los otros como crustáceos, Brummell contaba como admiradores, más aún que como rivales, á los duques de York y de Cambridge, á los condes de Westmoreland y de Chatham (el hermano de William Pitt), al duque Rutland, á lord Delamere, es decir, á todo lo más elevado en el orden político y social. Las mujeres, que, como los sacerdotes, están siempre de parte de la fuerza, entoná-

ron con sus coralinos labios los himnos de sus admiracioness. Fueron las trompetas de su fama; pero se quedaron reducidas á trompetas, porque aquí entra la originalidad de Brummell, aquí es donde difiere esencialmente de Richelieu (1) y de casi todos los hombres organizados para seducir. No era lo que se llama un libertino. Richelieu imitó demasiado á esos conquistadores tártaros que se preparaban un lecho con mujeres intercaladas. Brummell no tuvo semejantes trofeos de victoria. No se mezclaba á su vanidad una sangre hirviente. Las sirenas, hijas del mar, de voz irresistible, estaban cubiertas de escamas impenetrables, tanto más encantadoras ¡ay! cuando más peligrosas eran.

Y no salió perdiendo su vanidad; al contrario: así no se hallaba nunca en colisión con pasiones opuestas que la neutralizasen; reinaba sola, era más fuerte (2). Amar, aun en el sentido

(1) Véase el amor en el siglo XVIII.

(2) La afectación produce la sequedad. Ahora bien: un dandí, aunque tenga demasiado buen tono para no

menos elevado de desear, es siempre depender, es ser esclavo del propio deseo. Los brazos que os estrechen con más ternura no dejarán de ser una cadena, y cuando se es Richelieu —ó aun Don Juan mismo— al separar esos brazos tan tiernos, nunca se rompe más que un anillo de la cadena que os sujetaba. He ahí la esclavitud de que se libró Brummell. Sus triunfos tuvieron la insolencia del desinterés. Jamás participó del vértigo de las cabezas que trastornaba. En un país como Inglaterra, donde el orgullo y la cobardía reunidos engendran no poca gazmoñería por pudor, era curioso ver á un hombre, y á un hombre tan joven, que resumía todas las seducciones convencionales y naturales, castigando á las mujeres por sus pretensiones

ser sencillo, siempre es algo afectado. Es la afectación refinadísima del talento superlativamente artificial de mademoiselle Mars. El que es apasionado es demasiado sincero para ser dandi. Alfieri no hubiera podido serlo nunca, y Byron no lo era más que ciertos días.—(N. del A.)

sin buena fe, y no traspasando el límite de la galantería, que á la verdad no han puesto ellas por delante para que se respete. Así era, no obstante, cómo obraba Brummell, sin ningún cálculo y sin el menor esfuerzo. Para quien conozca á las mujeres, eso redobla su poder: hería el orgullo novelesco de esas altaneras ladies, haciéndoles soñar con el orgullo corrompido.

Ese rey de la moda no tuvo, pues, amante reconocida. Más hábil dandi que el príncipe de Gales, no se consagró á ninguna Fitz-Herbert. Fué un sultán sin pañuelo. Ninguna ilusión de corazón, ninguna sublevación de los sentidos vino á debilitar ó suspender los designios que formulaba; por lo mismo, fueron soberanos. Elogio ó censura, una palabra de Jorge Bryan Brummell lo era todo entonces: ese dandi era el autócrata de la opinión. Suponiendo que en Italia fuese posible tal hombre, tal influencia, ¿qué mujer, verdaderamente prendada de otro, pensaría en él? Pero en Inglaterra la mujer más locamente enamorada, a

ponerse una flor ó probarse un adorno, pensaba en el juicio de Brummell mucho más que en dar gusto á su amante. Una duquesa (y ya se sabe toda la altivez que un título permite en los salones de Londres) decía á su hija en pleno baile, á riesgo de ser oída, que se mirase mucho en sus actitudes, ademanes y respuestas, si por acaso se dignaba hablarla Mr. Brummell—porque en esta primera fase de su vida el gran dandí se confundía aún entre la multitud de los que bailaban en esas reuniones, donde las manos más bellas permanecían desocupadas esperando la suya.—Más tarde, embriagado con la posición excepcional adquirida, renunció al baile, como cosa demasiado vulgar para él. Se quedaba á la entrada algunos minutos tan sólo, lo recorría con una mirada, lo juzgaba con una palabra, y desaparecía, aplicando de esa suerte el famoso principio del dandismo: «Permaneced en los salones todo el tiempo que tardéis en producir efecto; una vez producido, marcháos.» Conocía su irresistible prestigio. Para él, el efecto no era ya una cuestión de tiempo.

Con ese brillo de su vida, con esa soberanía sobre la opinión, con esa gran juventud que acrecienta la gloria, y con esa presencia encantadora y cruel que maldicen y adoran las mujeres, ¿cómo dudar si inspiraría encontradas pasiones, amores profundos, odios inextinguibles?, pero nada de eso ha transpirado (1). El *cant* (2) ahogó el grito de las almas, si hubo almas que se hubiesen atrevido á gritar. En Inglaterra las conveniencias,

(1) Se ha hablado de lady J...y, suponiéndose que Brummell sopló esa dama al Regente, como se dice con una ligereza digna de la cosa. Pero lady J...y fué siempre amiga suya, y amores que acaben en amistades son más quiméricos que mujer hermosa rematando monstruosamente en cola de pez. Recordemos el soberano hachazo dado por mano de poeta á las ilusiones de los corazones generosos y mortales: «Mientras un hombre y una mujer son amantes, no son amigos; cuando dejan de ser amantes, no son amigos; cuando dejan de ser amantes, no se puede decir que quedan muy amigos.—(N. del A.)

(2) La gazmoñería.

que castran los corazones, dificultan un poco la existencia de señoritas de Lespinase, si acertaran á nacer; y en cuanto á una Carolina Lamb, no la tuvo Brummell porque las mujeres son más sensibles á la traición que á la indiferencia. Sólo una, que nosotros sepamos, se arriesgó á pronunciar frases de esas que ocultan la pasión y la descubren, y es la cortesana Enriqueta Wilson. Cosa natural: ambicionaba, no el corazón de Brummell, sino su gloria. Las cualidades á que el dandí debía su poder eran de las que hubiesen hecho la fortuna de la cortesana. Esto aparte de que las mujeres—sin ser Enriquetas de Wilson—se las entienden tan á maravilla en todo lo que sea hacer reservas en favor de su sexo! Tienen el genio de las matemáticas, como los hombres, y todos los genios; y no perdonan á Sheridan, á pesar del suyo, la impertinencia de haber hecho esculpir su mano como la más bella de Inglaterra.



Aunque Alcibiades haya sido el más hermoso de los buenos Generales, Jorge Bryan Brummell no tenía espíritu militar. No estuvo mucho tiempo en el 10.º de húsares. Quizá ingresó en él con un objeto más serio de lo que ha solido creerse—para acercarse al príncipe de Gales y anudar las relaciones que hicieron de él inmediatamente un hombre de viso.—Se ha dicho con harta ligereza que el uniforme debió ejercer una fascinación irresistible sobre Brummell. Era explicar el dandí con sensaciones de subteniente. Un dandí que todo lo marca con su sello, que no existe sin *cierta origi-*